

# Libertad y determinismo en el advenimiento de la sociedad política argentina

ALBERTO BALDRICH  
Universidad de Buenos Aires

## *Palabras previas*

La realidad es una esencia, un *ens per se* en cuanto a conglomerado de actos logrados y fallidos; frente a ella la explicación, el pensamiento, resulta otra esencia, pero de naturaleza paradójica, puesto que la antecedió en planificación, la guió, sucumbió a veces frente al cúmulo de acontecimientos y luego trata de explicarla con la mayor libertad posible.

La libertad puede admitir varias definiciones. Al tema particular, sociológico que estamos considerando, le corresponde una sola zona, la limitada por las condiciones impuestas por el mundo circundante, por el movimiento del mundo político circundante, alrededor de una comunidad humana.

Coloquemos a la libertad dentro del primer mundo considerado: el del pensamiento o idealidad y concedamos a la realidad todo el peso poderosísimo del determinismo. Determinismo que recibe muchos nombres según la época y el estilo: impulsos, fuerzas económicas, geografía, fatalidad histórica, progreso, etc. La libertad también puede llamarse voluntad, aspiración, fe o esperanza.

Si deseamos aplicar la reflexión sobre el fenómeno de una nación que crece entre estos dos polos, debemos identificar libertad con voluntad de ser nacional y determinismo con mundo circundante, cómoda denominación que incluye situación política y económica mundial, intereses de los otros pueblos y sus capacidades conductoras, etc.

En este mundo de la sociología, donde no se debe exigir demasia-

do a la inteligencia, trataremos de identificar como ya hemos dicho, la libertad con la voluntad de ser nacional, pero reconociendo que aún dentro de éste, luchan realidades personales y determinismos.

## I

Cuando Max Scheler en su obra *El puesto del hombre en el Cosmos* postulaba una antropología filosófica como ciencia primera para el conocimiento de todo lo humano, de sus productos específicos: cultura, sociedad, estado, etc., no hacía más que restaurar una visión clásica que ya se encontraba en la *Política* de Aristóteles y que continuó en el pensamiento escolástico, o sea la de partir de un exacto conocimiento de la naturaleza humana para apreciar debidamente sus creaciones y productos.

La afirmación aristotélica referente a que el hombre es un animal racional y libre, determina ya una concepción dualista de este ser, compuesto de cuerpo y de razón o espíritu, de donde surge que la sociedad humana es la resultante de las necesidades naturales y de la libertad.

Vitalmente, el ser hombre está en el ámbito de la biología y de sus leyes. Forma externa, fisiología, instintos y sus combinaciones, se explican por todo lo que rige la vida misma.

Pero como ente provisto de razón y de voluntad, que son las facultades para la acción moral por las cuales es libre y responsable, puede prometer y perfeccionar su naturaleza animal, elevándola al cumplimiento de un destino que le pertenece —con lo que alcanza la plenitud de la naturaleza humana— y de cuya realización debe dar cuentas en ésta y en la otra vida. Tal es su ley.

Su naturaleza social lo lleva a la convivencia con los semejantes para atender las exigencias de su animalidad y de su alma: así continúa propagando la especie, se nutre, cobija y ampara físicamente, se educa y se realiza en la religiosidad y la justicia, la ciencia, las artes y la dignidad ciudadana. El fin de la sociedad es pues el interés general que comprende no sólo la existencia material sino también su felicidad y su virtud. Y la virtud social es la justicia.

Sus tres poderosos instintos fundamentales: los de nutrición, los de reproducción y los de poder, se cumplen y canalizan en las enti-

dades económicas, en la familia y en la asociación política o Estado, que son organizaciones del espíritu.

El más poderoso de sus impulsos, su ímpetu de poder y su naturaleza social, fundamentan la existencia del Estado y toda la vida política. Por eso ha podido decir Spengler en *Decadencia de Occidente* que la vida es política.

La existencia social tiene su expresión más alta y completa en el Estado o sociedad política y cuando ella falta, sus sociedades están —como sostenía Hegel— fuera de la historia universal.

Gobernar o ser gobernado, dirigir o ser dirigido. En sus formas, la sociedad humana no está hecha ni predeterminada como las sociedades animales de las abejas y las hormigas: propuesta a la libertad y a la acción humana, ella es el resultado de un constante plasmar el régimen de convivencia y de una permanente interacción con los determinismos.

## II

Ese ímpetu de poder que alienta en el hombre, tanto en su aspecto vital como espiritual, fuerza expansiva de afirmación y de hegemonía dentro de cuyo ámbito se realiza su ser y cumple su destino, se da también en los grupos sociales.

Pero aquél va más allá del núcleo de origen, más allá del momento natural. Así la Nación, revela la etapa superior de la vigencia de la voluntad, porque según Hegel, el ser humano trasciende lo sensible, independizándose de la naturaleza, de su sumersión en ella y la convierte, por la vida humana reflexiva y consciente de sí, en un medio, en el ámbito necesario para la vida del espíritu. Por esto el Africa negra carece de historia, está fuera de la historia universal, porque sus hombres viven sumergidos en una existencia natural. Son como la antigua Australia y la América indígena, mundos prehistóricos porque no llegaron al rango histórico revelado en la plenitud de la vida política en el Estado.

De donde resulta que los protagonistas de la historia universal son los Estados. Ellos constituyen la auténtica individualidad histórica.

Porque el Estado es la manifestación de la voluntad que se despliega en un tiempo histórico, triunfante sobre las fuerzas internas de dispersión y sobre las externas de confrontación de capacidades.

El Estado enrola en su unidad consciente y voluntaria todas las asociaciones de vecindad, parentesco o economía.

Los pueblos entran a la historia universal con la asociación política o Estado, portadores de un mensaje, con un programa de vida para organizar en función de su ser, su propia unidad y aun el conjunto de otros Estados o comunidades con las cuales mantienen un diálogo de disidencias y de confrontaciones de dominio, pacíficas y violentas, jugándose la misma existencia como núcleo de poder y la de sus miembros, hasta afrontar incluso la esclavitud, la muerte o la desaparición de la historia.

Las concentraciones de poder nacen, crecen, se expanden, florecen en programas de vida que son programas de cultura y cuya validez se mide por la jerarquía de los ideales que encarnan y por la forma de realizarlos, con lo cual lo finito se redime de su limitación, de su accidentalidad, en la eternidad del valor que se realiza; entran en decadencia y mueren en juventud, madurez o decrepitud, por cansancio, por disolución interna —en cuyo caso van a integrar otros poderíos que lograron superar este peligro— o por derrotas en la que caen tronchados en la marcha del tiempo sobre el espacio histórico que conquistaron, con tumbas cuya miseria o grandeza labró el propio protagonista aun en el estilo y el gesto con que perece.

Así ha dicho Spengler con su estilo agorero de poética belleza: “veo el fenómeno de múltiples culturas poderosas que florecen con cósmico vigor en el seno de una tierra madre a la que cada una de ellas está unida por todo el curso de su existencia”. Es en cierta forma el concepto de Vico sobre la dinámica de las naciones: marcha circular de las edades divina, heroica y humana.

El misterio de esta dinámica, consiste en las excelencias vitales y espirituales con que se adviene a la historia para superar imprevisibles dificultades, terribles azares, trágicas y prematuras pérdidas de arquetipos y de elites.

Así como se nace individualmente Aquiles o Alejandro, ilota o meteco, egregio o vulgar, del mismo modo la concentración de poderío es Grecia, Roma, España, Alemania o Inglaterra o es la horda errante y vagabunda que pasó en el silencio de la historia, o las tribus de la Polinesia, los esquimales, los indígenas sudamericanos, los pieles rojas o la mera fuerza sin mensaje: Gengis Khan y sus mongoles; o esas comunidades estáticas sin propia creación: Terranova o Islandia.

Misterio que para Spengler se explica en el *sino*, pues la regularidad histórica de las culturas no es producto de una causalidad natural. La palabra *sino* alude a una inefable certidumbre interna... y sólo puede comunicarse por medios artísticos como el retrato, la tragedia, la música. En la idea del *sino* se revela el anhelo cósmico, que atormenta a un alma, su ansia de luz, de ascensión, de cumplimiento, su afán de realizar el propio destino.

En la fase extrema de la agonía de la cultura —civilización en términos de Spengler— se genera la decadencia que se caracteriza por una disolución interna y que no es necesariamente una catástrofe o destrucción por poderes exteriores.

La vida normal de toda concentración de poderío es así, vida política, es decir dura y áspera, despiadada e inexorable contienda.

A nadie se le regaló la asociación política. Todas nacieron como la nuestra con ruido de armas y laureles de victoria y si se encuentra la excepción confirmando la regla, es porque de una lucha entre poderíos que no pudieron imponerse, el ámbito geográfico disputado se erigió en independiente como solución de la contienda. Si no fueron las armas propias, fueron las ajenas quienes le dieron existencia.

### III

Europa nace en Grecia, con el milagro heleno.

Como dice Hegel en su *Filosofía de la Historia Universal*: “Entre los griegos nos sentimos como en nuestra propia patria, pues estamos en el terreno del espíritu”. “El espíritu europeo ha tenido en Grecia su juventud”.

Pero su expansión política para superar la ciudad Estado y constituir la unidad imperial, no pudo llegar en el tiempo y el espacio más allá de la gloria deslumbrante que conquistó Alejandro el invicto. El azar tronchó la noble vida del arquetipo apenas florecida su madurez y el imperio naciente se desarticuló con la división entre sus generales. Quedó en el Asia plantada la lanza de nuestra hegemonía y la imposición de la cultura helénica, pero no la unidad política.

La estirpe que así se afirmaba en la historia corrió peligro de perecer.

Mas la vocación de potencia y el mensaje espiritual, fué retomado

por el pueblo afín en la sangre y en el alma. Roma enroló en sus banderas a la propia Grecia y con su superior capacidad política creó el Estado que superó al Estado-ciudad, cumplió el mandato de Alejandro de dominar al Asia y al Africa e incorporó la barbarie nórdica y la férrea España a sus fuerzas expansivas.

Cumplida su insustituible misión de continuar la creación de Europa, el viejo Imperio greco-romano después de once siglos, se sepultó en su tumba: una tumba pagana, cubierta de bellos dioses, de mirtos y de laureles, de mármoles finamente esculpidos, de versos melancólicos, que cantaban la aspiración a no morir del todo y de una magnífica epopeya con resonancias de lucientes bronce y épica de legionario. Tumba extendida desde Inglaterra a los ardientes arenales africanos y desde las columnas de Hércules a los confines de la Persia.

Nuevamente Europa pudo perecer. Por el norte, de la Escandinavia llegaban bárbaros feroces de roja cabellera, por el este, mongoles igualmente duros y guerreros y por el sud-este, fanáticos mahometanos.

Pero había ocurrido otro milagro, ortodoxamente el auténtico milagro; la figura de Cristo y su doctrina habían bautizado el viejo imperio con un gentil, Paulo de Tarso, a la cabeza. Europa europeizó su doctrina. Roma, la augusta Roma coronó al jefe espiritual de la cristiandad y los germanos lo vivificaron con su sangre fresca y juvenil, guerrera y heroica.

Fueron ellos los que tomaron su comando político y los que afrontaron la responsabilidad de salvarla de aquellas tres peligrosas invasiones.

Germanos de Italia, los ostrogodos; germanos de Francia, los francos; germanos de España, los visigodos, acaudillando tribus afines y latinos, triunfaron en un cuarto milagro cuando incluso España y parte de Francia cayeron con la invasión.

Y aquí reaparece la antigua Hispania, la de Sagunto y Numancia, la que dió emperadores al Imperio y que ahora con Pelayo, inicia en Covadonga la reconquista que habría de durar siete siglos.

Constante y rudo batallar que templó el alma de acero española y forjó su tipo de soldado, de gobernante y de santo, con alma de misionero y sentido de cruzado.

Realizada en las tres gigantescas obras de la Reconquista, el Siglo de Oro y la conquista de América, también España, concentración de

poderío contingente y perecedero, como todo lo humano, entró en decadencia: desintegración de su unidad, fragmentación de su imperio, feudalismo y aldeanismo en el orden interno. Y en lo exterior un nuevo núcleo de poder, Inglaterra, ponía en revisión su capacidad de dominio en el ámbito logrado por la espada española, fomentando a la vez los particularismos y las tendencias separatistas de las diversas regiones.

Este es el momento en que el Estado Argentino, adviene a la Historia Universal.

#### IV

El Estado es expresión de la libertad. Libertad cuyo comienzo se revela en aptitud creadora que con los viejos elementos preexistentes y con las circunstancias dadas, plasma un ser nuevo.

Pero sin la vocación por esa propia libertad y sin la capacidad para merecerla, los elementos preexistentes y las circunstancias, no hubieran sido vencidos e integrados por nosotros en la nueva realidad política.

Somos así, la elevación a la conciencia de nuestra propia personalidad, a la afirmación de nosotros mismos, como entes espirituales, portadores de razón y de voluntad.

El momento de la libertad en el advenimiento de la sociedad política argentina, está dado por nosotros, por nuestros propios méritos y el determinismo por otros factores, de los cuales el primero es la decadencia del Imperio Español y el segundo el poderío de Inglaterra, que lanzada a la hegemonía, necesariamente ponía su acción en aniquilarlo espiritualmente, política y económicamente.

Al Imperio Español pertenecíamos en cuerpo y alma.

América no fué colonia sino provincia del Imperio, del antiguo y glorioso Imperio romano-germánico.

Cuatro años antes de nuestra revolución, en 1806, con motivo de las invasiones inglesas, los criollos del Plata pelearon como españoles de ley, al lado de los peninsulares.

La gesta de nuestra reconquista revela claramente el espíritu de unidad todavía existente a pesar de la decadencia de la metrópoli, por la que incuría en desaciertos políticos dentro y fuera de la península.

La desintegración interna hispana iba unida a la pérdida de su fuerza de expansión por lo cual había reducido a la defensiva su acción internacional. Y cuatro años después de las invasiones inglesas, con motivo de la ocupación de España por Napoleón y la caída de Fernando VII, esa decadencia apareció ante los criollos en toda su profundidad y se mostraron sus posibles consecuencias.

La derrota evidenció la disminución en la capacidad de dominio y aunque la reconquista fué heroica como todo lo español y triunfante sobre las águilas francesas, ya era tarde. En las confrontaciones de poderío que tuvieron lugar con la invasión, los derechos de la metrópoli a la hegemonía y al imperio en América, se revelaron caducos.

Al resultado negativo de la guerra se unía el funesto programa borbónico que carcomió el alma y el Estado español.

Los dirigentes que venían a América, no eran ya los férreos capitanes de la conquista, ni los misioneros de entonces. Y no lo eran, porque las cabezas del propio pueblo español habían perdido capacidad de comando, minadas por la anarquía, la falta de fe en su propio destino y la actitud extranjerizante.

Desde el advenimiento de los Borbones, España que había dado al mundo un estilo en los más altos valores humanos, en la religiosidad, la justicia, el derecho y la moral, en las costumbres, las ciencias, las artes y las letras, en la política y la diplomacia, en la técnica de guerrear, el pensamiento y el sentimiento, venía pidiéndole prestado a Francia modos esenciales y secundarios de ser y normas de conducta. Y Francia no podía darle, en esos órdenes, nada válido para un renacimiento español.

El advenimiento de la sociedad política-argentina es así un momento en la desintegración del Imperio Español utilizado por nuestro espíritu para afirmarse, entrar en la historia y asumir las responsabilidades de un destino. Pues el espíritu objetivo en el sentido de Hegel, encuentra su plenitud de ser, al realizarse en el tiempo y cada nacionalidad es una manifestación parcial del espíritu, en el conjunto total.

La verdadera causa eficiente del nacimiento de nuestra sociedad política, está pues en nuestra excelencia, en nuestro ímpetu de poder y nuestra voluntad espiritual de soberanía. De no haber existido estas virtudes, todas las oportunidades a presentarse habrían



sido vanas tentaciones que ninguna capacidad o conciencia hubiera recogido.

El espíritu español, grandioso momento en la historia del espíritu universal, presidía esa poderosa concentración de poder donde se manifestaron las condiciones superiores de una raza y las cualidades de una estirpe, con plena conciencia de su fin y capacidad de realizarlo, dentro de la gran unidad cultural greco-romana-europea. La voluntad de poder, se puso al servicio de ese egregio mensaje que el Estado español dejó para el mundo.

Pero la dinámica de los Estados revela que, como el astro lunar, ellos alumbran en creciente, plenitud o menguante. Un Estado es siempre una faena, un rudo quehacer histórico y pedirle a un Estado concreto y contingente, por más fuerte que sea su vitalidad y su ímpetu de poder y por más esplendoroso que sea el vuelo de su espíritu y la fuerza de su voluntad, pedirle su constante permanencia en la Historia, es un imposible.

La concentración de poderío español había cumplido magníficamente con lo que la sociedad humana puede dar en la tierra.

Fué la frontera de Europa y al contener las hordas enemigas cuidó sus espaldas; creó el Siglo de Oro de la cultura; venció la hostilidad marina y luego la geografía americana y sus guerreros en una lucha desigual como nunca la hubo en la historia, incorporaron en definitiva un continente a su cultura.

La decadencia no fué causada por el sistema económico o comercial o por su técnica o falta de industrias o por su organización política o social. Equivocado y erróneo es buscarla en factores materiales o periféricos o en causas secundarias. Economía, comercio, técnica, industrias, formas de organización, todo eso fué propio del ser español y no pudo expresarse de otro modo, sino tal cual ocurrió. Eso fué, eso se quiso, dice la clara sentencia de Nietzsche. De las entrañas mismas del ser español surgieron todas aquellas creaciones: espíritu objetivo de su real y concreto espíritu heroico y misionero, arrogante y desinteresado, orgulloso, altivo y militar.

Este tipo español configuraba su interpretación del mundo y de la vida, su repertorio de preferencias y repugnancias, sus valoraciones, su concepto de lo santo y lo profano, del bien y el mal, del honor y la villanía, del trabajo y del dinero.

Su economía y comercio fueron creaciones suyas y apropiadas

al momento histórico cuyo ritmo y estilo dirigía; excelente su técnica de navegar con pequeñas carabelas dominando los mares, su trabajo extraordinario: una ruda vida de acción con la muerte en el puño de la espada listo para darla o recibirla sin lamentaciones y sin protesta; su labor emprendedora optimista y activa; no lo detuvieron la geografía ni los pueblos ni las potencias humanas.

Traía consigo la religión y la cultura y por eso no fueron sus fundaciones sórdidas factorías sino bellas ciudades con iglesias de arte, cabildos de sabias y justas leyes, universidades de auténtico saber, imprentas de donde salían libros de valioso contenido.

En la pavorosa soledad americana, guardaron el estilo solemne y las graves formas de la vida política, social y familiar que cultivaban como en España y cada fundación de ciudades era un poema de brillante colorido y afirmación de la libertad que plasmaba la materia impetuosa y fuerte.

Los criollos se encontraron así dueños de un tesoro cultural y político y de un imperio geográfico.

El ritmo lento y agónico que en su ocaso de fines del siglo XVIII y principios del XIX tomó la dinámica de su Estado, fué cansancio de crear y de estar en forma en el sentido de Spengler.

La decadencia no fué debida a un triunfo extranjero por las armas que le impusiera la desmembración de su Imperio, la esclavitud económica, la entrega de su flota o la anulación de su ejército.

La decadencia fué interna, de carácter político, por incapacidad de grandeza imperial en los conductores, caudillos y clase gobernante, pues las virtudes personales e individuales, siguieron vivientes y activas en su pueblo. Y como en aquéllos se perdió la visión para los grandes destinos, para un gran quehacer histórico, se perdió también la conciencia y la vocación por la poderosa unidad política que era el Imperio. Pues el Estado es siempre Estado para algo, para lo internacional, lo universal, y la política interna con la cual se pone a la Nación en forma, es siempre para lanzarla a la actuación en la política exterior.

Los núcleos que habían formado ese centro de acción que era el Estado fueron desarticulándose y desintegrándose.

Iniciada la decadencia en el siglo XVII con los últimos Habsburgos, ya va ella, España, en busca de alianza con Inglaterra; pierde a Holanda y Portugal, ve a Cataluña, Andalucía y Aragón intentar una

independencia que repercute en igual tentativa en México y con los Borbones las pérdidas se extienden a Gibraltar y Menorca y la revolución política interna que debilita y anarquiza, va siendo favorecida por la ideología francesa. Así pudieron decir más tarde con trágica ironía los revolucionarios de París en su Asamblea: "Que vaya la libertad al pueblo más espiritual de la tierra".

Pareciera como si el *sino* español en aquella época hubiera cumplido su misión<sup>1</sup>.

Por esto, le pasó históricamente todo aquello, desde la pérdida de una auténtica clase dirigente y el afrancesamiento con los Borbones, hasta la caducidad de su organización, de su economía, su técnica y su comercio.

## V

El segundo factor determinante para nosotros, fué el nacimiento de Inglaterra como nueva concentración de poderío, con vocación de hegemonía mundial, cuya dinámica arremetía necesariamente contra España y ponía a prueba su derecho al dominio espiritual, geográfico y económico.

Venía dotada de armas nuevas que significaban, para la cambiante naturaleza humana, una innovación y desde el punto de vista valorativo, un progreso: el protestantismo religioso con el espejismo de una libre interpretación del mundo y de la vida, con su caducidad del principio clásico de autoridad espiritual, con su concepción de un Dios del éxito y del trabajo, todo lo cual incidía en una distinta concepción del hombre y de la vida, de la política, el Estado y la economía; una vocación naturalista, práctica y materialista; el cultivo de la ciencia experimental de base matemática; una gran capacidad para el comercio y la empresa productora y para la creación de nuevas técnicas y máquinas aplicadas a la industria.

De la contemplación de la naturaleza y de su consideración como algo que debía amarse, según el mundo clásico, se había pasado a la vocación por su dominio en la técnica y la economía. El profundo cambio en la estructura espiritual de los grupos donde se producía, habría de traer esta época contemporánea de una producción nunca imaginada, de un ilimitado dominio del tiempo y del espacio, de los

<sup>1</sup> Lo cual no excluye la posibilidad de futuros renacimientos.

cielos y los abismos marinos, y de las fuerzas cósmicas liberadas por el hombre y aprisionadas nuevamente en las máquinas, con las que inunda un mundo que maneja a medias, porque por una ironía de sus creaciones, éstas le imponen a su vez su ley de materia movable, influyendo poderosamente en su espíritu, en sus pensamientos, en sus organizaciones sociales y modos de ser.

Fantástica obra de un demiurgo de máquinas como nunca se vió sobre la tierra.

Y aunque la capacidad de dominio fué común en ambas stirpes, la germano-española y la germano-anglosajona, no podía el español transformarse en aquel entonces en el portador de todas estas profundas modificaciones del ser del hombre y de su obra creadora.

El nuevo ímpetu de poder y de dominio con el cual se rejuveneció el viejo imperio greco-romano, fué traído por los germanos y por lo tanto lo encontramos en Inglaterra y en España a partir de los godos.

Pero ese ímpetu de poder se expresa no sólo en el aspecto vital, como fuerza juvenil, expansiva y arrolladora, afán de jugarse y medir sus potencias con el mundo histórico y geográfico, que es lo que tuvo también el español y con cuya fuerza unida a la religiosidad conquistó las Indias —expediciones de wikingos bautizados— sino además en cierto aspecto espiritual, como tendencia irrefrenable de “los animales rapaces del espíritu” a apoderarse de los secretos de la naturaleza, de todas las fuerzas escondidas del Universo para ponerlas a su servicio. Y esto es lo que predominó en el germano-anglo-sajón y se logró con las ciencias físico naturales de base matemática.

Pues fué en la inteligencia medieval y en sus claustros silenciosos, donde comenzó a expresarse esa extraordinaria energía que en el pensamiento llevaba a aquellos monjes a montar las premisas de las ciencias experimentales, a organizarlas como hipótesis de trabajo para dominar la naturaleza, en una ansiedad de descubrir el movimiento perpetuo.

Así Grosseteste y Bacon, ingleses del siglo XII y XIII y Alberto Magno y Witelo, alemanes de la misma época —figuras representativas de tal vocación de dominio—, fueron quienes plantearon —al decir de Spengler— la exigencia del método matemático apto para una ciencia experimental que no se proponía descubrir los secretos de la naturaleza sino ponerlos al servicio de los fines del hombre.

Además, las nuevas formas de vida que traía el inglés no eran exclusivamente suyas, sino que interpretaban todo un sentir y pensar de la Europa protestante. Luteranos, anglicanos, calvinistas y puritanos en todas sus formas, más los intelectuales posteriores al Renacimiento que no mantuvieron el pensamiento clásico y católico, estaban de acuerdo con el nuevo estilo del que Inglaterra era portadora.

Y el español no podía evolucionar hacia estas nuevas formas de vida, ni crear la máquina, o las distintas modalidades económicas, ni montar la nueva industria, ni transformar sus nobles y capitanes en directores de grandes empresas de producción. Porque él significaba un mundo cumplido, saturado de otros contenidos y de gloria.

No estaba Inglaterra sola. Era la concreción en una potencia política, en una hegemonía, de toda una nueva y distinta concepción del mundo y de la vida. Hegemonía que en definitiva continuó hasta nuestros días el mandato greco-romano en el dominio del Asia y del Africa. Así fué con el Egipto de Alejandro; y la India de leyendas cayó sometida por las tropas y las banderas de Inglaterra cantadas por Kipling, el poeta imperial.

España tampoco había estado sola. Independientemente de los sectores geográficos que incorporó a sus dominios, ella era la representación de Europa, del estilo europeo que va desde la naciente Europa cristiana hasta el Renacimiento.

Pero esta Europa había terminado su misión<sup>1</sup>.

La nueva actitud que se manifiesta en el Renacimiento pagano y en la Reforma, todo ese nuevo repertorio de estimaciones se levantaba violentamente contra lo que encarnaba España. Y no era posible detener la historia.

También España se hundía en una tumba de glorias políticas y guerreras, científicas y artísticas que cubría desde las brumas de Flandes y las puertas de Viena, pasando por el mediodía, el ensueño de las ondas azules del Mediterráneo y las costas africanas, hasta las mesetas de México, las cumbres de los Andes y las riberas de los dos mares que se unían en las aguas lejanas y polares de Magallanes.

<sup>1</sup> Y, sin embargo, la grandeza y capacidad española, con el Concilio de Trento y la renovación de la Iglesia, dió supervivencia a los contenidos y valores de esa Europa, los cuales, aunque cada vez más debilitados, han llegado hasta la segunda guerra mundial.

## VI

Para entender la incorporación de nuestra patria al conjunto de las naciones soberanas, para apreciar nuestra libertad y los determinismos coadyuvantes, era necesario desentrañar todo lo que hubo en lo más íntimo y profundo de ese pasado histórico y a la vez alumbrar los hechos, los acontecimientos y sus forjadores, a la luz de la filosofía de la historia y especialmente de la sociología que aporta la comprensión de la sociedad política o Estado y de su dinámica.

Sólo entonces se percibe con claridad que las fallas del sistema económico, el monopolio comercial, la influencia de las invasiones inglesas, la representación de los hacendados, etc., no fueron las causas fundamentales de nuestro advenimiento a la historia universal como Estado.

Reducirlas a estos aspectos es proporcionar un conjunto de hechos secundarios, sin sentido ni significación, desconectados de las hondas y trágicas realidades de la vida humana por las cuales se vive y se perece, desconectados de un pasado valioso cuya esencia ha continuado hasta hoy y continuará mientras exista nuestra personalidad nacional.

Aparte de su superficialidad y falsedad históricas, como argentinos nos resulta menguando un ideal mercantilista que rebajaría indebidamente, injustamente, la gloria de San Martín y sus soldados. No realizaron los criollos la epopeya heroica y ejemplar por un determinismo material dentro del cual no es posible la existencia de la libertad ni la virtud de la acción, la tensión y el esfuerzo volitivo.

Si hubo alzamiento criollo, y si entre otros tomó también lo económico por motivo, fué porque advenía a la historia el espíritu argentino que desconoció la capacidad de mantener el enrolamiento de los americanos en las banderas hispanas y al vencer por las armas, produjo la desaparición de los derechos adquiridos por España y el nacimiento de los nuevos derechos políticos argentinos, para continuar en libertad y con acento, capacidad y creación propia, las viejas virtudes clásicas de la estirpe.

Porque en la historia —proceso de formas del espíritu— hay un sentido y un fin, una Idea.

Y el espíritu de cada pueblo que logra en el Estado su realidad sustancial, llena su fase de la historia universal, que contiene el movimiento dialéctico de los espíritus particulares de los pueblos.

Magnífico privilegio el de esta libertad de aportar el propio mensaje, pero también tremenda responsabilidad, ya que implica que cada pueblo, a su vez, será juzgado según la forma de cumplirlo.